

Fecha: 26-01-2026
 Medio: El Mercurio
 Supl.: El Mercurio - Mundo Mayor
 Tipo: Noticia general
 Título: "Un educador debe trabajar para que un niño sea la mejor persona en cada instante de su vida"

Pág.: 2
 Cm2: 423,2

Tiraje: 126.654
 Lectoría: 320.543
 Favorabilidad: ☐ No Definida

MACARENA PEREZ

Hoy, Céspedes está preocupada por el espacio que ocupan las personas mayores en el país: "El edadismo sigue siendo muy fuerte"



Amanda Céspedes, neuropsiquiatra infantil: “Un educador debe trabajar para que un niño sea la mejor persona en cada instante de su vida”

Ha dedicado gran parte de su carrera a intentar que las escuelas ofrezcan una educación integral, que tome en cuenta el desarrollo cerebral de los niños y jóvenes. Cuenta que de niña quería ser profesora, pero las circunstancias hicieron que sus inicios fueran en la neurociencia.

Carmen Rodríguez Frías

Amanda Céspedes se prepara para una nueva etapa. En Italia viven su único hijo, su nuera y su nieta próxima a cumplir seis años. Está pensando en radicarse allá por un tiempo para estar cerca de ellos. Pero antes tiene que resolver varias cosas. Aquí están su hermana gemela, María Ester; su casa con sus dos gatos y sus dos perros; su Fundación Educacional Amanda y los muchos pacientes que ha tenido y que la reconocen en la calle, la abrazan y le agradecen.

A sus 78 años, constata todos los días las huellas que ha dejado y que sigue dejando. Y no solo a través de su trabajo como neuropsiquiatra infantil. También con la organización con la que ha intentado cambiar los paradigmas educativos. “La educación debe considerar el ritmo del desarrollo cerebral y afectivo de los niños”, dice. Para eso creó su fundación, con la cual ha recorrido Chile de norte a sur más de 20 veces, con capacitaciones para miles de profesores de todo tipo de colegios.

Por su trabajo, ha recibido varias distinciones. Entre ellas, el Premio Eureka, otorgado en 2012 por el Consejo Mundial de Académicos Universitarios, por su libro “Educar las emociones, educar para la vida”. Publicado en 2007, fue el primero de 14 libros de divulgación, entre los que destacan “Educar las emociones”, “Educar para la vida” y “Niños con pataleta, adolescentes desafiantes”, editados en varios países y con una docena de ediciones.

También ha sido nombrada dos veces, en 2011 y 2022, entre las 100 Mujeres Líderes, reconocimiento otorgado por “El Mercurio” y Mu-



Amanda Céspedes (izquierda), junto a su hermana gemela, María Ester, en Antofagasta.

jes Empresarias. Y el año pasado estuvo entre los 100 Líderes Mayores de este mismo diario, Conecta Mayor UC y la U. Católica.

Su amor por la educación le viene de familia porque se crió con cinco tías y un tío. Dos de ellas eran profesoras normalistas y una tercera, profesora de piano. Sus padres vivían en la salitrera Victoria y, cuando ella y su hermana gemela tenían pocos meses, viajaron a Antofagasta para que la abuela paterna conviviera con las nietas. Estuvieron un par de meses y, cuando llegó la hora de despedirse, la abuela dijo: “Estas niñas están muy bien cuidadas acá, déjenlas un tiempo más”. Y ese tiempo no tuvo fin, relata Amanda.

Fecha: 26-01-2026
Medio: El Mercurio
Supl.: El Mercurio - Mundo Mayor
Tipo: Noticia general
Título: "Un educador debe trabajar para que un niño sea la mejor persona en cada instante de su vida"

Pág.: 3
Cm2: 884,6

Tiraje: 126.654
Lectoría: 320.543
Favorabilidad: ☐ No Definida

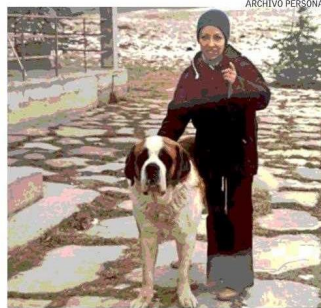
| 26 DE ENERO DE 2026 mundoMayor 3



Tres de las tías que criaron a las gemelas Céspedes: Juana Elba, María (al centro) y Berthila.



Amanda Céspedes cursó la enseñanza media en el Liceo N° 11 de Niñas de Nuñoa.



La doctora Céspedes durante su posgrado en la Universidad de Turín, Italia.



María Ester (izquierda) y Amanda (derecha) junto a su madre biológica, Cristina Calderón (sentada), y a su otra hermana, Victoria Noelia.

No solo la abuela se había enamorado de las gemelas. También las tías y el tío. Cuando la abuela falleció, los tíos se mudaron a Santiago con las niñas, que ya tenían 5 años. Entraron a estudiar a un colegio privado, el Instituto Santa María. Pero a los dos años, cuenta Amanda, no pudieron seguir pagando la colegiatura y las matricularon en el Liceo 11 de Niñas, en Macul con Los Plátanos. "Un liceo excelente. Varias de nuestras profesoras hacían clases también en el Pedagógico", recuerda.

Amanda creció con la idea de estudiar Pedagogía, pero un día se encontró con una prima que era nutricionista y trabajaba en el Hospital José Joaquín Aguirre. "Me tomó del brazo y me invitó a conocer la Escuela de Medicina, que estaba al lado del hospital. Este va a ser tu lugar, me dijo. No hay un médico en la familia. Tú vas a ser la primera".

En primer año de la carrera, Amanda reprobó Química, que era requisito para los ramos que venían. Al año siguiente, además cursar química, buscó trabajo. En el Hospital J.J. Aguirre consiguió un puesto de cajera del policlínico de Oftalmología. "Iba a almorzar a un casino al frente a la Clínica Psiquiátrica de la U. de Chile. Ahí conocí a una chica que trabajaba en esa clínica y me comentó que le cargaba su trabajo. A mí también, le dije, ¿por qué no intercambiamos? Y fuimos a Personal y pedimos el cambio".

El nuevo trabajo le cambió la vida. Era en el Laboratorio de Psiquiatría Experimental, al cual ella llegó a desempeñarse como secretaria. "En realidad era un laboratorio de neurobiología muy avanzado para la época", relata. Estaba

a cargo del neurofisiólogo Mario Palestini, quien al poco tiempo la invitó a ser parte de las investigaciones clínicas con pacientes psiquiátricos. Y siguió avanzando y aprendiendo en el laboratorio al mismo tiempo que cursaba los ramos de medicina.

"Mario Palestini, era un docente innato. Estaba todo el día enseñándome, me hacía leer papers, libros; ir a la biblioteca. Yo era una esponja aprendiendo neurociencias. Tenía 20 años y nunca más me detuve", recuerda.

Cuando egresó de medicina, se interesó en la psiquiatría porque en el laboratorio del doctor Palestini se había enamorado del cerebro: "Yo quería entender más el funcionamiento del cerebro sano, y para eso sirve más la psiquiatría que la neurología". También postuló a una beca de formación académica, relata, "porque quería po-

der enseñar todo lo que estaba aprendiendo". Al poco tiempo les estaba enseñando a sus compañeros becados y a algunos profesores lo aprendido en el laboratorio. "Corrían los años 70 y la neurociencia estaba recién tomando vuelo".

Después de la beca de Psiquiatría, postuló a una beca en el extranjero y se fue a Turín, Italia, a hacer un posgrado en psiquiatría, neurología infantil y neuropsicología, "que era la gran ciencia del cerebro que estaba surgiendo". Cuando volvió a Chile, dos años después, ya sabía lo que quería: trabajar en el cerebro de los niños, aplicado a la educación.

Sin embargo, no pudo hacerlo de inmediato. Llegó a trabajar como psiquiatra infantil al Hospital Calvo Mackenna. Contaba con un box pequeño, un recetario y no más de 15 minutos para atender a cada paciente. "La mayoría de los niños que llegaban no eran pacientes psiquiátricos, sino que tenían problemas emocionales derivados de sus problemas escolares. Y yo quería conversar más tiempo con sus mamás para entenderlos mejor".

Entonces, redactó un proyecto de un equipo multidisciplinario de profesionales que recorriera los colegios de la comuna para detectar casos y así descomprimir el servicio de psiquiatría. Pidió reunión con el director y le presentó el proyecto: "¿Usted está loca?, me respondió. ¿Quiere sacar a cinco mujeres del hospital? ¿Adónde van a ir? ¿A vitrinear?".

Al día siguiente, renunció al hospital e inició su camino propio: "Empecé mi consulta particular, en la que hacía las cosas a mi modo y hacía investigación aplicada". Instaló la consulta en su casa y atendía largamente a cada paciente. Paralelamente, se convirtió en docente de la U. Católica, donde hizo clases en Educación y en Psicología.

—¿Cómo era la investigación que hacía con sus pacientes?

"El cerebro de un niño tiene distintas habilidades intelectuales. Pero si no hace una adecuada administración de esas inteligencias, estas no van a brillar. Esa administración se llama función ejecutiva y está en la corteza prefrontal. Yo traje desde Italia instrumentos neuropsicológicos que me permitían estudiar la función ejecutiva. Empecé a ver que niños muy brillantes eran un desastre en la escuela por una mala administración de su inteligencia. Y vimos que si se intervenía la función ejecutiva, con un enfoque psicoeducativo además del farmacológico, las cosas mejoraban".

A los 37 años, tuvo a su único hijo, Stefano, fruto de una larga relación con el profesor Mario Palestini, quien falleció en 2017. Además de ser el maestro que marcó sus comienzos, ella lo

recuerda como un hombre sabio, erudito y muy jovial. "Hasta los 75 años escaló los cerros cercanos a Santiago con nuestro hijo. A los 75 también tenía un proyecto de investigación en la Antártida sobre depresión estacional. Y a esa edad aprendió a esquiar. "Mi hijo sacó de él la impronta intelectual, cultural y ética. Yo formé a mi hijo para que tuviera una ética incombustible, para que tuviera responsabilidad, proyectos; y que fuera respetuoso de la diversidad y los escuchara a todos", afirma.

Hoy Stefano es sociólogo y músico (violinista), doctor en ciencias políticas y académico de la U. de Trento, en Italia. Amanda dice que en su educación aplicó los principios de su fundación: "Hay que acompañar a un niño en su desarrollo, con un conjunto de intenciones y con un propósito. Un profesor tiene una tarea formativa que es enorme".

—¿Cree el sistema educacional chileno está comprendiendo esa tarea?

"No, no lo ha entendido. Y tampoco a nivel alto. Las autoridades siguen porfiadamente agarradas a la idea de que educar es lo académico y solo hablan de los aprendizajes. En la fundación tenemos el propósito de que un educador debe trabajar para que el niño sea la mejor persona en cada instante de su vida y que eso se exprese en su futuro".

—¿La sociedad ha tomado conciencia del cambio que viene en un mundo en que habrá más personas mayores que jóvenes?

"Yo pienso que no. Se habla mucho de la baja de natalidad, pero ¿qué le está ofreciendo la sociedad chilena al nacimiento de más niños? Muchos matrimonios jóvenes jamás van a poder pagar una vivienda propia".

—¿Frente a este cambio, se está considerando más el aporte de los mayores?

"Hay muy poca conciencia, a nivel laboral, de todo lo que puede aportar una persona mayor. Hay puestos de trabajo que son ideales para personas mayores, pero no se las considera. Ha habido un movimiento, desde muchos ángulos, para incorporar a la tercera y a la cuarta edad, y mostrar su vigencia. Pero si miramos a la sociedad en su conjunto, el edadismo sigue siendo muy fuerte".

**100
Líderes
Mayores**

RECONOCIMIENTO
ANUAL A PERSONAS
75+ QUE IMPACTAN
EN LA SOCIEDAD